

Teología y catequesis

ENRIQUE GARCÍA AHUMADA

SANTIAGO (CHILE)

Una de las conclusiones del Congreso Internacional de Catequesis realizado en Roma en 1971 es que «la relación entre catequesis y teología, y entre revelación y experiencia humana exigen mayores estudios y clarificación. Habrá que considerar la posibilidad de una relación más dinámica entre ellas»¹. Esa conclusión alude probablemente a la distinción tan sucinta que aparece en el Directorio Catequístico General, dado a conocer precisamente en dicho Congreso: «El ministerio de la palabra toma diversas formas... entre ellas está la catequesis... 'cuyo fin es que la fe, ilustrada por la doctrina, se torne viva, explícita y activa' (Christus Dominus, 14)... Y (otra de ellas) es la forma teológica, es decir, el estudio sistemático y la investigación científica de las verdades de la fe» (DCG, 17).

Abordaré la cuestión como catequista, aceptando de partida que los teólogos puedan no sentirse bien interpretados. Si se acepta que teología y catequesis son dos lenguajes de la palabra eclesial, podemos acudir a la lingüística en busca de un esquema para el análisis, siguiendo el uso de los catequistas, de hacer gran caso de las ciencias humanas, con el fin de comunicarnos mejor con los hombres.

Por su claridad y por estar tomado de la teoría de la comunicación, adoptaré el modelo lingüístico de JAKOBSON², que distingue en todo fenómeno de lenguaje seis factores: el *contexto* al cual se hace referencia, el *código* o sistema de signos utilizados, el *mensaje* o contenido de lo que se dice, el *emisor* que habla, el *destinatario* a quien se habla y el *contacto* físico y psíquico que se establece.

¹ *Conclusiones Congreso Internacional de Catequesis. Roma, 20-25 Sept. 1971.* Santiago de Chile, Oficina Nacional de Catequesis, 1971. II, 7. Citaremos: Concl. C.I.C.

² ROMAN JAKOBSON, *Essais de Linguistique générale.* Paris, Minuit, 1963-73, 2 vol.

El contexto de la teología y el de la catequesis

El ambiente en el cual se originan teología y catequesis es la Iglesia, la comunidad creyente. Ambos lenguajes surgen tan inmediatamente de la fe, que si en algún lugar faltaran, sería o porque no se reflexiona sobre la fe o porque no se comunica la fe. Esta ausencia total de teología o de catequesis es casi imposible en una comunidad creyente, aunque no la falta de calidad de la teología o de la catequesis. «Muchos apóstoles, incluidos sacerdotes y aun obispos, habitualmente no estudian. En su género de vida la teología no ocupa un sector de hecho como la vida de oración o el descanso»³. Si la catequesis es indispensable a la Iglesia para su existencia (recordemos que la Escritura misma tiene su origen en la catequesis oral primitiva) la teología es imprescindible para su madurez, como lo dice la Constitución Dogmática «Dei Verbum» sobre la divina revelación, n. 12.

Una diferencia respecto del contexto es que la teología, al menos tal como la vemos hacer por los teólogos profesionales, siempre tiene una pretensión de universalidad, aunque de hecho, en la medida de su compromiso con la historia, lleve el sello de un continente o de un país. Hace tiempo que la teología oriental la percibimos diferente de la europea, y recientemente la teología latinoamericana y la teología africana han ido adquiriendo personalidad. Este año por ejemplo, el contexto implícito para los teólogos chilenos es marcadamente diferente del de sus colegas de países vecinos, en la medida en que su reflexión no sea ahistórica y en la medida en que unos y otros puedan decir lo que piensan. Por su parte, la catequesis tiene siempre una intención local⁴. Ciertamente, ella está condicionada por contextos concéntricos envolventes, como lo muestra la excelente primera parte del Directorio Catequético General. Por eso, para interpretar rectamente en la fe una situación, mientras más amplio es el contexto que influye sobre ella, más requiere el catequista del aporte de la teología.

El código de la teología y el de la catequesis

Los teólogos nos han acostumbrado hace tiempo a las expresiones latinas. Cuando han mejorado su base escriturística se

³ SEGUNDO GALILEA, *Hacia una pastoral vernácula*. Santiago de Chile, DILAPSA, 1966, p. 31.

⁴ Concl. C.I.C., l.c., I, 4.

han sentido en la obligación de sazonar sus producciones con términos griegos y arameos. Actualmente nos hablan también de «Formgeschichte», «Wirkungsgeschichte» y de «Fernfremdung». Comprendemos que a veces la minuciosidad de sus análisis les hace difícil traducir por una sola palabra castellana un vocablo complejo elaborado en otra lengua. Son cosas de su oficio. Claro que si el teólogo quiere servir a los cristianos y pastores de nuestras latitudes, necesita no parecer extranjero en su lenguaje⁵; menos aún, hacer aparecer como extranjera la palabra misma de Dios.

⁵ S. GALILEA, o. c., p. 35.

El catequista echa mano siempre de otro vocabulario. Sabe que ha de hacerse entender, so pena de fracasar lisa y llanamente como catequista. Sus interlocutores cotidianos son el analfabeto, el indígena, el campesino, el enfermo, el niño, el hombre y la mujer del pueblo que sacan toda su sabiduría de la experiencia. Por eso en su expresión siempre recurre al universo simbólico del destinatario y tiende a utilizar un «lenguaje total»⁶. Por ejemplo, si usa la audiovisión, no le interesa tanto un preciosismo estético para iniciados, cuanto tender un puente hacia el hombre de hoy, inmerso en una cultura audiovisual. El teólogo nos habla a menudo «en difícil», mientras el catequista se comunica no sólo con palabras sencillas, sino con los gestos y posturas de su cuerpo, con su manera de relacionarse con el grupo, con la utilización que hace del espacio, del ritmo, del color, del sonido, del silencio.

⁶ OFICINA NACIONAL DE CATEQUESIS, *Líneas Generales para la Catequesis de Chile*. Santiago, ONAC, 1974, n. 33. Citaremos: LI-NEAS.

El mensaje de la teología y el de la catequesis

No es cierto que el mensaje de la teología sea el mismo de la catequesis. Las cosas en que insiste el teólogo (y que son su razón de ser) no son las mismas a que se dedica el catequista. Ha sido lamentable la confusión que llevó, sobre todo a partir del Concilio de Trento, a considerar la catequesis como un simple resumen de la teología. El esfuerzo por enseñar al hombre del pueblo incluso de corta edad, sentencias acuñadas por y para adultos cultivados, condujo a separar el evangelio de la vida. Porque el evangelio no es una ortodoxia ni una moral ni un sistema de culto, sino una buena noticia, que sí está hecha especialmente para los sencillos y los niños o los que se les parecen.

Sin duda, hay desde siempre contenidos comunes en la teología y en la catequesis: ambas se fundan en la Escritura, ambas han de ser cristocéntricas, ambas han de ser fieles al depósito confiado a la Iglesia. Digamos de paso que los teólogos han solido interpretar ese depósito como un conjunto de afirmaciones, mientras los catequistas lo ven mejor como una experiencia de Dios vivida históricamente, sobre todo en Cristo.

En nuestro siglo se ha renovado la teología, primero, al adaptarse a las exigencias de la predicación, convirtiéndose ella en «discurso sobre Dios en cuanto manifestado en Cristo y en la Iglesia»⁷, dejando atrás la concepción helénica esencialista en que aún insistía Congar al definir la teología como el estudio de Dios en sí mismo, «sub ratione Deitatis»⁸. En una etapa más reciente, el análisis del concepto de revelación ha conducido a descubrir al Dios vivo manifestándose no sólo en la historia pasada de Israel y de la Iglesia, sino en los dinamismos liberadores presentes⁹. En su aspecto hermenéutico, de interpretación de la manifestación o revelación de Dios, y en su aspecto liberador, la teología y la catequesis dicen cosas afines, producen mensajes análogos.

Estos contenidos no son idénticos, sin embargo. El teólogo profesional busca la consistencia de su discurso en ciertas afirmaciones fundamentales, sobre las cuales construye un sistema lógicamente ordenado de proposiciones. Su discurso, por ser científico, está menos condicionado por urgencias inmediatas, como lo está el mensaje del catequista. Por eso es más duradero que la fugaz palabra dialogal. En su carácter de reflexión sobre la fe puede la teología incluso juzgar las enseñanzas de la Escritura, de la Tradición o del Magisterio para aclarar su sentido y su valor normativo (Dei Verbum, 10c y 12c). Tales tareas no competen a la catequesis, sino transmitir los resultados de esta clarificación, debidamente avalados por los pastores (Dei Verbum, 10b y DCG, 13). La teología no sólo anuncia el reino de Dios significado en la Iglesia, como hace también la catequesis, sino que juzga incluso el comportamiento de la Iglesia, ya que uno de sus roles es juzgar las opciones pastorales¹⁰.

El catequista no parte de afirmaciones, sino de una situación. No usa un método propiamente científico, sino un método pedagógico, psicosocial y un discernimiento de la acción concreta del Espíritu Santo¹¹. Si existe una ciencia de la catequesis.

⁷ MICHAEL SCHMAUS, *Katholische Dogmatik*. München, 1948. Vol. I, p. 26 s.

⁸ JEAN-YVES CONGAR, O. P., *Théologie*, en: *Dictionnaire de Théologie Catholique* XV (1946) 341-502, esp. 456 ss.

⁹ GUSTAVO GUTIÉRREZ, *Teología de la Liberación. Perspectivas*. Lima, CEP, 1971.

¹⁰ S. GALILEA, o. c., p. 36.

¹¹ LÍNEAS, n. 30.

o catequética, no es su método el que emplea el catequista en el acto educativo, como el médico no usa el método de la fisiología cuando está operando, sino su pericia. Más que clarificación doctrinal, la palabra del catequista es anuncio salvador; no simple explicación demostrativa, sino consejo, interpelación y consuelo.

Lingüísticamente hablando, el mensaje del teólogo está centrado en el mensaje mismo. Lo que interesa es su luminosidad. El mensaje del catequista está centrado en el destinatario, y lo que importa es la iluminación efectiva más que la potencia de la fuente luminosa. Por eso la trama misma del mensaje del catequista supone mucha psicología (evolutiva, diferencial, pedagógica, religiosa) y éste es tanto más rico cuando más tiene en cuenta la antropología (sobre todo cultural) y la sociología ¹².

12 LÍNEAS, n. 28.

El emisor en la teología y en la catequesis

Del productor de teología lo que se pide es que sea docto. En el acto de emisión de la palabra teológica no se requiere intrínsecamente el testimonio personal. Es, sí, muy conveniente, para que el conocimiento que transmite sobre las cosas divinas vaya enriquecido por esa unción que Santo Tomás llama el conocimiento por connaturalidad. En su acto propio el teólogo ejercita los hábitos de contemplación y de reflexión, las virtudes de fe y esperanza, perfeccionadas por los dones de entendimiento y ciencia. Su actividad es científica, fundada en la Iglesia en el carisma de los «doctores», de connotación profesoral, magistral, como suena el término en San Pablo (1 Co 12, 28). El teólogo es un hermeneuta, pero principalmente de la palabra.

Del catequista lo que se pide es que tenga habilidad educativa y vida espiritual. En el acto de catequesis se requiere intrínsecamente el testimonio ¹³. El catequista ejercita directamente los hábitos de comunicación y las virtudes cristianas de fe y caridad. La catequesis extravierte al emisor hacia los demás en lugar de intraverterlo en el análisis de su fe. El acto de la catequesis es perfeccionado por los dones de sabiduría y consejo. No es una actividad científica, sino profética, fundada en el carisma de profeta con sus armónicos de apóstol y de guía.

13 BELTRÁN VILLEGAS, S.S.C.C., *Evangelizar hoy. ¿Liberar? ¿Concientizar? ¿Polítizar?* Santiago de Chile, Instituto Nacional de Pastoral, 1971, pp. 68-76.

El catequista es un hermeneuta, pues lo que interpreta no es principalmente la palabra, sino la relación viviente entre esa palabra y los signos de la acción de Dios en la persona del auditor.

En resumen, el ministerio del teólogo es esencial a la Iglesia en cuanto ella reflexiona las maravillas de Dios y las medita en su corazón (Lc 2, 19 y 51). María en contemplación, figura de la Iglesia que guarda las palabras del Esposo, es la inspiración del teólogo. El ministerio del catequista es esencial a la Iglesia que proclama la grandeza del Señor que vive en ella para comunicarse al mundo. El catequista se ve más bien retratado en María que ha salido de casa para cantar gozosa las maravillas del Señor apenas esa persona a quien visita da muestras de que el Espíritu obra en ella el asentimiento de la fe (Lc 1, 39-55).

El destinatario de la teología y el de la catequesis

¿A quién se dirige el teólogo? A la comunidad creyente, a la Iglesia como conjunto; es verdad. En la práctica, su palabra sabia interesa más directamente a los presbíteros de la Iglesia, a los prelados a quienes está confiado su gobierno. Por extensión, la palabra del teólogo llega a los cristianos adultos ilustrados y comprometidos que cultivan su fe. El teólogo presta el servicio de iluminar el camino, de ayudar a enmendar rumbos a la Iglesia como cuerpo, y por eso juzga la acción pastoral, en su condición de «órgano pensante de la Iglesia»¹⁴.

El catequista también habla a la comunidad, pero no se dirige a sus cúpulas sino a sus bases¹⁵. Su interlocutor preferente es el adulto, ya que trata de llevar a todos los miembros de la Iglesia a ser «el hombre perfecto, que, en la madurez de su desarrollo, es la plenitud de Cristo» (Ef 4, 13). La opción de que el destinatario preferente de la catequesis ha de ser el adulto la han tomado los obispos chilenos desde que se inició el Plan Pastoral después del Concilio, y ha sido reafirmada por la Conferencia Episcopal en sus Asambleas Plenarias desde la de Chillán en mayo de 1968 en adelante, recibiendo amplio respaldo del Episcopado Latinoamericano en Medellín en agosto del mismo año, y en el Directorio Catequístico General publicado en Roma en 1971. Esto no obsta para que el catequista

¹⁴ S. GALILEA, o. c., p. 34.

¹⁵ LÍNEAS, n. 17 y 23-25.

sepa dirigirse también al joven, al adolescente, al niño, al marginado, al impedido, actividades que no incumben al teólogo en cuanto tal. Esta variedad de destinatarios hace que la palabra del catequista puede ser muy significativa para un grupo determinado de interlocutores, careciendo sin embargo de vigencia para otros grupos o comunidades de la misma Iglesia, por razón de la edad, del nivel cultural o de la posición socio-económica.

Lo dicho en este acápite se puede esquematizar diciendo que el destinatario de la palabra del teólogo es la Iglesia como conjunto, mientras el catequista se dirige concretamente a los grupos y comunidades de base. Tengamos presente que en toda esta exposición hay modelos conceptuales que simplifican y hasta caricaturizan algo la realidad. El emisor de teología y el de la catequesis es siempre una comunidad, en cuanto en ella hay circulación de información¹⁶ y un compartir de experiencias referentes a Dios. Los ministros de la teología y de la catequesis son portavoces de dichas informaciones y de dichas experiencias. Por otra parte, el teólogo que no tuviera nada de catequista quedaría incomunicado, y el catequista sin teología jamás podría interpretar o discernir una experiencia de Dios.

¹⁶ CHARLES Y. GLOCK AND RODNEY STARK, *Religion and Society in Tension*. Chicago, Rand McNally 1965, ch. 1.

El contacto en la teología y en la catequesis

El efecto de la palabra teológica y el de la palabra catequística tienen bastante en común. Ambas son palabras eclesiales; por tanto, ambas buscan ahondar el diálogo con el Señor y la liberación redentora de los hombres. Además, por su naturaleza, ambas son posteriores al primer anuncio evangelizador, del cual constituyen desarrollos diferentes, como hemos procurado explicar. El efecto de la palabra teológica será tanto más exitoso cuanto mejor se atenga a las normas de la investigación y de la exposición del conocimiento. En cambio, la palabra catequística está sometida a exigencias muy diferentes: las leyes de la dinámica de grupos, de la comunicación, de la modificación del comportamiento.

Para expresarlo de otro modo, digamos que el teólogo busca compartir una mentalidad, una manera de pensar, un modo de enfocar determinadas cuestiones. Trata de obtener un contacto

con su palabra, con su pensamiento. Estamos con Pironio o con Gustavo Gutiérrez, con Villegas o con Galilea, si estamos de acuerdo con lo que ellos piensan.

El catequista busca más bien compartir una experiencia. Cada vez que se reúne con sus grupos de novios, de familias, de escolares, lo que trata de hacer es poner en común la experiencia de Dios de los presentes. Cuando logra su objetivo, el catequista disminuye y el Señor crece en los participantes del encuentro (J 3, 30). Como animador que es, más que profesor, procura que los miembros del grupo se comuniquen a partir de su fe y de la acción del Espíritu Santo en ellos. Es en su función de intercomunicador atento al Espíritu en lo que él debe ser experto, más que como docente. La dinámica propia de la acción catequística ha de llevar a los participantes de la experiencia a ponerse en comunicación con Dios y a transformar sus vidas y su mundo circundante.

De las cuatro dimensiones que Glock y Stark distinguen en el fenómeno religioso, la teología se aplica a producir una, que es el conocimiento, mientras la catequesis se interesa además por la dimensión afectiva (experiencias y actitudes), por la dimensión cultural (oración privada y comunitaria) y por la dimensión consecencial (cambios de conducta privada y social, expresión verbal y corporal, etc.), en el curso mismo de la comunicación catequística.

Conclusión

Teología y catequesis son intentos de explicitar la revelación de Dios y de interpretar la acción liberadora del Espíritu de Cristo resucitado en el mundo. Pero el *contexto* de ambos lenguajes difiere en amplitud; el *código* es gutemberguiano en un caso y en el otro es un lenguaje total, al menos como tendencia; el *mensaje* de la teología es explicativo y el de la catequesis, educativo; el *emisor* es en un caso un doctor y en el otro un profeta; el destinatario en un caso son las cúpulas y en el otro las bases de la Iglesia; el *contacto* se produce en un caso con una interpretación de la palabra de Dios y en el otro con una experiencia de Dios.

Tal vez este esquema simplifica o exagera demasiado las diferencias y las relaciones entre teología y catequesis. Téngase

presente de qué modo Teresa de Jesús y Catalina de Siena fueron teólogas, hoy doctoras de la Iglesia, y cómo fueron catequistas Pablo, Juan y Pedro. La diversificación de los ministerios en la Iglesia de hoy no debe hacer perder de vista la unidad de todos ellos en su fuente, que es el Espíritu de Cristo (1 Co 12, 4-6).

En todo caso, lo dicho no pretende sentar cátedra, sino que debe tomarse como una conversación familiar de un creyente con sus amigos en la Iglesia.

Cada vez que me encuentro con un buen teólogo, me inspiran respeto su saber y su caridad madura. En mis múltiples contactos con buenos catequistas, me ha impresionado siempre la simpatía con que irradian el gozo pascual.